

La prensa y opinión pública chilenas frente a las negociaciones del “enfoco fresco” con Bolivia

The Chilean press and public opinion on the “fresh approach” to negotiations with Bolivia

Milton Cortes Díaz*

Universidad San Sebastián, Chile

Resumen

Entre 1986 y 1987, los gobiernos de Chile y Bolivia desarrollaron conversaciones respecto a la aspiración marítima boliviana. En estas negociaciones, que se conocieron como el “enfoco fresco”, Bolivia propuso que Chile le cediese un corredor al norte de Arica o un enclave. A cambio, Bolivia ofreció compensaciones no territoriales, principalmente el uso de las aguas del altiplano. En este trabajo buscamos las razones del fracaso de esta negociación, la última en la cual Chile aceptó discutir una transferencia territorial. Aquí se postula que la reacción de la opinión pública jugó un rol clave.

Palabras clave: historia de las relaciones internacionales, relaciones Chile-Bolivia, aspiración marítima boliviana.

Abstract

Between 1986 and 1987, the Chilean and Bolivian governments held talks on Bolivia's maritime aspirations. In these negotiations, which became known as the "fresh approach", Bolivia proposed that Chile cede either a corridor north of Arica or an enclave (on the Chilean coast). In exchange, Bolivia would offer non-territorial compensations, i.e., principally the

* Doctor en Estudios Americanos, mención Estudios Internacionales, Universidad de Santiago de Chile (USACH). Académico del Instituto de Historia de la Universidad San Sebastián, Chile. Correo electrónico: milton.cortes@uss.cl ORCID: 0000-0003-1175-5954

use of the waters of the *altiplano* or Andean Plateau. In this paper we seek to identify the reasons for the failure of these negotiations, being the last in which Chile agreed to discuss a territorial transfer, in which we argue that public opinion played a key role.

Keywords: history of international relations, Chile-Bolivia relations, bolivian maritime aspirations.

Introducción

La historiografía de las relaciones chileno-bolivianas ha producido una gran cantidad de obras, particularmente respecto a las controversias sobre la aspiración portuaria de Bolivia. Importantes trabajos recientes se han escrito sobre el tratado de 1904 y las conversaciones con Bolivia de 1950 y 1975. Sin embargo, un tema que no ha cobrado la misma atención son las conversaciones de 1986 y 1987, conocidas como el “enfoque fresco”. Si bien se puede argüir que tuvo menor importancia que las gestiones anteriormente mencionadas, por su fin precipitado, tiene gran relevancia en cuanto ha sido la última ocasión en que Chile y Bolivia discutieron abiertamente sobre una posible cesión territorial, con una proposición concreta (un corredor o enclaves).

Buena parte de la literatura sobre el tema fue desarrollada en los años posteriores a estas gestiones. De parte boliviana, su gobierno publicó el libro *Tricolor* (Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Bolivia, 1988). Por su parte, Jorge Escobari Cusicanqui incluyó un capítulo sobre el tema en una reedición de su libro *El derecho al mar* (1988). En Chile, no hubo una publicación oficial al respecto, si bien apareció un libro escrito por Carlos Chubrétoovich (1987), que da una síntesis general del tema. Estas obras, junto con narrar los hechos, defienden el punto de vista de su respectivo país, antes que presentar una interpretación histórica. El Anuario del Programa de Seguimiento de las Políticas Exteriores Latinoamericanas (PROSPEL), también mencionó el tema en sus ediciones de 1986 y 1987, en general desde una perspectiva descriptiva (Camacho, 1987; Muñoz, 1987; Yopo, 1988; Wilhelmy, 1988).

Carrasco (1991), Figueroa (1992), Bustos (2004) le dedican numerosas páginas en sus historias generales de las relaciones chileno-bolivianas a la gestión del “enfoque fresco”, con un importante uso de documentación pública oficial. Dentro de este grupo, destaca Carrasco por la revisión de prensa, asignándole también un rol en el fracaso de las gestiones y siendo el más objetivo de los tres. La posición chilena también se encuentra en Lagos Erazo (2013), Pinochet de la Barra (2004), Tapia y Mardones (2011), si bien estas obras tratan el tema desde una perspectiva de síntesis, basados en trabajos anteriores.

Otro aporte muy importante, por el carácter de testimonio que tiene, se halla en el libro del cónsul de Bolivia en Chile en esos años, Jorge Siles Salinas, *Sí, el mar* (2012). Defendiendo explícitamente la posición boliviana, se encuentra la obra de Guzmán Escobari (2015), que analiza los episodios bilaterales relacionados con la mediterraneidad.

El debate sobre el tema ha sido muy limitado, pues las obras se restringen mayormente a la descripción de los acontecimientos. El principal aspecto que se ha discutido es la causa del fracaso de las gestiones. En general, los autores chilenos postulan como causa la debilidad de la propuesta boliviana y la mala recepción que tuvo en Chile. En Bolivia, la tesis predominante es que Bolivia fue engañada y Chile nunca tuvo intenciones de negociar, dando gran responsabilidad al almirante José Toribio Merino. Ello se ha repetido en las posturas oficiales de los gobiernos con motivo del juicio de Bolivia contra Chile en la Corte Internacional de Justicia (Bolivia, 2014).

En consideración a la existencia de una distancia temporal que nos permite ver el suceso con un menor nivel de apasionamiento y partidismo, se hace conveniente visitar un tema que hace tiempo no recibe atención. El objetivo del presente artículo no es defender ni la posición chilena ni la boliviana, sino que explicar la actuación de estos países y dilucidar las causas que provocaron el fracaso de las gestiones. Al respecto, postulamos como hipótesis central que fue la reacción de la opinión pública la que motivó el fracaso de las gestiones, forzando una respuesta de los medios y el gobierno chileno en contra de la propuesta. La bibliografía existente reconoce que la opinión pública fue un factor, pero secundario con respecto de las acciones de los Estados. En este trabajo invertimos la importancia de los factores.

Como metodología hemos recurrido a una revisión exhaustiva de fuentes de prensa chilena. Hemos seleccionado los periódicos *El Mercurio*, *La Segunda*, *La Tercera* y *La Época*, puesto que se encuentran entre los diarios de más difusión e influencia. Los tres primeros pueden ser catalogados de oficialistas, mientras que el cuarto es declaradamente de oposición. Para el periodo más intenso de las negociaciones, abril a junio de 1987, se revisaron todas las ediciones de esos días. Junto con el análisis más tradicional de revisión de artículos y editoriales, innovamos al realizar un análisis de las cartas al director como forma de conocer la opinión pública. Nuestro enfoque, al leer estos documentos, consiste en determinar su posicionamiento frente a la negociación (positivo, negativo o neutral), así como los argumentos e informaciones sobre los cuales sostienen sus afirmaciones.

También contamos con documentos confidenciales publicados con motivo de la demanda de Bolivia a Chile en la Corte Internacional de Justicia, los que nos permiten conocer algunos aspectos diplomáticos inéditos, especialmente de los esfuerzos de los involucrados por crear un buen ambiente en la opinión pública. Junto a ello, aprovechamos el testimonio dado por el cónsul Siles en su libro respecto a las gestiones, que también incluye documentos diplomáticos inéditos de la parte boliviana.

Respecto a nuestras consideraciones teóricas, el término opinión pública ha sido de difícil definición, de hecho, muchas obras directamente rehúyen definirla y cuando lo hacen se presentan interpretaciones divergentes. Una definición tradicional define a la opinión pública como las creencias mayoritarias de la población (Glynn, 2016). Por su parte, Plano, Riggs y Robin (1982, p. 119) enfatizan que la “opinión pública no es un todo unificado, sino un

agregado de muchas opiniones individuales, generalmente diversas”. Desde una perspectiva sociológica, Aguilar Villanueva (2017) afirma que no se debe considerar a la opinión pública

como lugar del consenso unitario, en el sentido de una definición sustantiva del “interés general” (materia de la decisión) aceptada por todos. Se advierte, por el contrario, que la opinión pública es hoy el lugar de coexistencia de opiniones e intereses particulares sin consenso general compartido. (p. 146).

Siguiendo tales prevenciones, no buscamos abordar a la opinión pública como una voz unitaria, sino que como un fenómeno en el cual, si bien se pueden reconocer ciertas posiciones predominantes, conviven argumentos divergentes.

Desde la teoría de las relaciones internacionales, por mucho tiempo la opinión pública fue vista como meramente reactiva frente a los discursos de las elites; sin embargo, en las últimas décadas su influencia ha sido reconsiderada, viéndola como un factor fundamental en determinados eventos internacionales (Bloch-Elkon, 2007; Holsti, 2004). En este caso en particular planteamos la existencia de una influencia “*bottom-up*” (de abajo hacia arriba), en que la opinión pública es la que guía las acciones de los dirigentes, en vez del sentido opuesto (Kertzer y Zeitsoff, 2017). También nos acercamos al tema desde la perspectiva de la teoría de la toma de decisiones, llamada análisis de la política exterior. Tal perspectiva ha hecho hincapié que las decisiones diplomáticas no son un proceso simple, explicable por una variable, sino que son resultado de una compleja interrelación entre el nivel de decisión individual, las presiones estructurales y las presiones internas (Breuning, 2007; Hudson y Day, 2007). Dentro de estas últimas, se rescata las presiones de los actores locales, incluyendo a los partidos, la prensa y la opinión pública, como factores que afectan la toma de decisiones.

Antecedentes

Las relaciones chileno-bolivianas se encontraban en un mal estado desde 1962, tras la ruptura de relaciones con motivo de la cuestión del río Lauca. En adelante, Bolivia exigió como condición para restablecer relaciones la resolución previa de su aspiración portuaria. Tanto los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende establecieron conversaciones con el fin de restablecer relaciones, mostrándose abiertos a discutir el problema de la mediterraneidad, pero no tuvieron éxito (Cortés Díaz, 2021).

En 1975 se dio una de las gestiones más importantes entre Chile y Bolivia, la llamada negociación de Charaña. El nombre se origina del encuentro entre los mandatarios Augusto Pinochet y Hugo Banzer en la localidad boliviana de Charaña. En la reunión, se acordó el restablecimiento de relaciones diplomáticas e iniciar un diálogo para resolver la mediterraneidad boliviana. La propuesta de solución se centró alrededor de la cesión de un corredor por parte de Chile a Bolivia, ubicado al norte de Arica, el cual correría a lo largo de

la frontera con el Perú. A cambio, Bolivia aceptaba dar una compensación de carácter territorial (Carvajal, 1994; Gutiérrez Vea, 1979).

Diversos factores condujeron al fracaso de las gestiones y a una nueva ruptura de relaciones. Como la cesión se daría en territorios que fueron parte del Perú, por el Tratado de Lima, Chile estaba obligado a obtener la venia peruana. Consultado este país, no aprobó ni rechazó la propuesta del corredor, presentando su propia iniciativa de creación de un territorio trinacional. Esto fue entendido como un velado rechazo a la propuesta. Más importante, Banzer comenzó a ser cuestionado internamente por su propuesta de dar a Chile una compensación de carácter territorial. Por ello, a fines de 1976, Banzer solicitó que Chile eliminara la condición del canje. Ello congeló las gestiones, que languidieron a lo largo del siguiente año. Ante la permanente negativa chilena de desechar el canje territorial, el 17 de marzo de 1978, Bolivia anunció la ruptura de relaciones (Prudencio, 2011; St. John, 2019).

Siguió un periodo de enfrentamientos en los foros internacionales, particularmente en la Organización de Estados Americanos (OEA). Bolivia aprovechó su incipiente proceso de democratización y la mala imagen internacional de Pinochet para ganarse apoyos para su causa (Morales, 1992). En 1979, se logró una resolución en que la OEA calificaba de interés hemisférico el problema y recomendaba a los Estados involucrados que iniciaran negociaciones para dar a Bolivia una conexión territorial libre y soberana con el océano Pacífico, teniendo en cuenta el planteamiento boliviano de no incluir compensaciones territoriales (Figuroa Pla, 1992).

Los vaivenes políticos de Bolivia, con nuevos golpes de Estado, hicieron que perdiese parte del apoyo internacional, si bien la OEA siguió tratando el tema de la mediterraneidad en forma anual. La posición boliviana pareció fortalecerse con la llegada a la presidencia de Hernán Siles Zuazo, que puso fin al periodo de incesante rotativa de gobiernos. Inicialmente no hubo un cambio de estrategia, insistiéndose en usar los foros internacionales para atacar a Chile. Posteriormente, se daría una iniciativa por parte de Colombia para acercar posiciones. Resultado de estas gestiones, durante la Asamblea de la OEA de 1983 los países subscribieron por unanimidad, incluyendo por primera vez el voto a favor de Chile, una resolución en que se exhorta a ambas partes a iniciar un proceso de acercamiento orientado a normalizar las relaciones y dar con una fórmula que haga posible dar a Bolivia una salida soberana al Océano Pacífico (El Mercurio, 19 de noviembre de 1983).

Los cancilleres planificaron un encuentro en Bogotá para concretar tal voluntad, pero este no se pudo realizar, debido a divergencias de interpretación sobre el espíritu de las conversaciones (El Mercurio, 19 de enero de 1985). El gobierno de Siles Zuazo terminó en forma adelantada en agosto de 1985, sin haber logrado un avance sustantivo en el tema portuario.

Para ese año, Chile ya había resuelto su larga controversia por la soberanía de las islas del canal Beagle y la delimitación marítima de los mares australes con Argentina mediante el

Tratado de Paz y Amistad de 1984, mientras que en el Perú, el gobierno de Alan García había iniciado una mayor apertura, buscando resolver los problemas pendientes del tratado de Lima. La relación con Bolivia parecía ser la única pendiente de resolver.

Paz Estenssoro y el “enfoque fresco”

En febrero de 1986, el nuevo presidente de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro, manifestó la necesidad de innovar en la política hacia Chile (Muñoz, 1987, p. 448): “Creo que nosotros necesitamos un enfoque fresco del problema. No seguir dando vueltas, como ha sido norma en los últimos años” (El Mercurio, 25 de febrero de 1986, p. A1). Veía que “Chile ha solucionado su problema del Beagle con la Argentina y está entendiéndose con el Perú sobre problemas no sólo limítrofes, sino de reducción de armamento. Entonces nosotros vamos a quedar sueltos... debemos buscar un camino de entendimiento con Chile” (El Mercurio, 25 de febrero de 1986, p. A12).

La nueva política boliviana tuvo gran apoyo en la prensa chilena. *La Tercera* consideraba que las relaciones debían llevarse a cabo con realismo: “Actuar tomando en consideración que las negociaciones deben estar desprovistas de romanticismo y desembocar en una ecuación en la que los intereses de uno y otro estén debidamente considerados” (La Tercera, 27 de febrero de 1986, p. 3). *El Mercurio* enfatizaba aún más el asunto de fondo, el problema de la mediterraneidad, destacando que el gobierno chileno ha aceptado “satisfacer las aspiraciones bolivianas de obtener una salida al mar a través de su territorio, siempre que se trate de una negociación bilateral, amistosa y que no tenga carácter reivindicacionista, sin presiones de terceros y debidamente compensada” (El Mercurio, 28 de marzo de 1986, p. A3). *La Segunda* parecía menos entusiasmada con la demanda marítima, que no menciona, enfatizando en cambio las posibilidades de cooperación: “Más vale la construcción seria y constante de nuevos vínculos que el lanzamiento prematuro de ambiciosas iniciativas” (La Segunda, 27 de febrero de 1986, p. 4).

En esta apertura hacia Chile tendría una participación importante el nuevo cónsul general de Bolivia en Santiago, Jorge Siles Salinas. La misión de Siles implicaba que Bolivia, sin desecharla completamente, dejaba en un segundo plano la campaña en los foros internacionales por la mediterraneidad, para concentrarse en las conversaciones bilaterales. Ello fue motivo de debate dentro del gobierno boliviano, puesto que muchos insistían en no abandonar la acción multilateral, que había conseguido importantes éxitos. También había comentarios respecto de que Chile quería, con engaños, llevar a Bolivia a conversaciones directas, no por tener voluntad de llegar a un acuerdo, sino para disminuir las presiones externas (Siles, 2012).

En la primera reunión oficial entre Siles y Del Valle, realizada el 29 de abril de 1986, el canciller chileno le dijo que:

el criterio del Presidente Pinochet y el suyo propio consistía en seguir un procedimiento en el que se fijaran dos planos de acción: uno, de relación directa entre los Cancilleres de Bolivia y Chile para la negociación marítima, buscando la fórmula precisa para otorgar un acceso a Bolivia en el Pacífico; y el otro, referido a la gestión consular, con miras a lograr un creciente acercamiento recíproco encaminado a un objetivo concreto, a saber, el de crear un clima conveniente para la solución del problema marítimo boliviano, lo cual se logrará en el diálogo de Cancilleres. (International Court of Justice, 2017, p. 1034).

Respecto al tema del canje territorial, el ministro Del Valle le comentó a Siles Salinas que su estrategia era no tocar la cuestión, ni por parte chilena ni boliviana, puesto que ello sería mal visto por la opinión pública: “Chile no lo va a plantear pero no conviene que este asunto sea sugerido o mencionado por el Gobierno boliviano obligando a la Cancillería chilena a pronunciarse sobre el particular” (International Court of Justice, 2017, p. 1036). Ambas personalidades consideraron importante el tema de la opinión del público, de evitar dar argumentos a los opositores al acercamiento, evitar roces innecesarios y preparar a la opinión pública (International Court of Justice, 2017, p. 1042).

El mismo día, Siles anunció que los cancilleres Del Valle y Bedregal se reunirían en los próximos meses para lograr un efectivo acercamiento entre ambas naciones, en el que se tratarían las relaciones bilaterales y el problema marítimo (El Mercurio, 30 de abril de 1986). Se dieron encuentros entre los dos cancilleres, el primero en agosto de 1986 en Bogotá, con motivo del cambio de mando presidencial en Colombia, y luego en septiembre en Nueva York.

La propuesta boliviana

Durante el encuentro de cancilleres de Chile y Bolivia realizado en Montevideo entre el 21 y 23 de abril de 1986, Bolivia expuso sus planteamientos orientados a iniciar negociaciones que solucionarían su falta de acceso propio al océano Pacífico. Se entregó a Chile dos memorándum y dos mapas.

En el primer memorándum, Bolivia solicitaba la cesión de un corredor al norte de Arica que corría a lo largo de la frontera con el Perú, de un ancho de aproximadamente 10 kilómetros. En el documento no se hacía mención explícita a una compensación, sino que menciones ambiguas, entre ellas a “buscar una real y fructífera integración física, económica y cultural con las Repúblicas de Chile y Perú” y la conformación de una Comisión Mixta “que estudie el aprovechamiento racional de la zona fronteriza boliviano-chilena de los recursos hídricos existentes en la cuenca del Altiplano boliviano”, preservando “el equilibrio ecológico, el clima y las necesidades vitales de las poblaciones bolivianas, así como los convenios internacionales existentes” (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1987, pp. 32-33). El segundo memorándum presentaba:

la propuesta de cesión de un enclave territorial y marítimo en el Norte de Chile, que no afecte la continuidad territorial de Chile, en el entendido de que ese enclave podrá comunicarse con el territorio de Bolivia por vías férreas, carreteras y poliductos, cuyo uso será acordado en favor de Bolivia, determinándose asimismo la factibilidad de la construcción de un aeropuerto sobre el área del enclave. (Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1987, p. 34).

Las tres alternativas de enclave eran desde Caleta Camarones hasta Pisagua, desde Tocopilla hasta Punta Cobija y desde Caleta Michilla hasta Mejillones. Como esto era en territorios que no se vieron afectados por el Tratado de Lima, no necesitaría la venia del Perú (El Mercurio, 6 de junio de 1987).

Todos estos documentos fueron sometidos a consideración del gobierno de Chile, quien se pronunciaría al respecto en tiempo oportuno (El Mercurio, 22 de abril de 1987). El ministro Del Valle adelantó al público que la propuesta se centraba en un corredor al norte de Arica, aunque no se informaría de las compensaciones que ofrecería Bolivia hasta que fuera puesto en conocimiento del presidente (El Mercurio, 23 de abril de 1987).

La noticia de que se había presentado una propuesta inevitablemente llevó a especulaciones y rumores sobre la naturaleza de la misma, tal como había pasado con las gestiones de 1950 y 1975. La prensa boliviana fue la primera en filtrar más detalles. El diario *Última Hora* afirmó que Bolivia pretendía 20 kilómetros de costa y 2.500 kilómetros cuadrados de superficie al norte de Arica. Sobre las compensaciones, se afirmaba que se daría autorización a Chile para ocupar las aguas de ríos bolivianos para regar el norte chileno más la entrega de gas natural (La Segunda, 23 de abril de 1987). Un aspecto importante era que estos rumores afirmaban que sería sin soberanía completa, sino por medio de una concesión por 99 años (La Época, 24 de abril de 1987). Esto último probablemente afectó las expectativas, pues varios creyeron que este era el aspecto novedoso propuesto por el “enfoco fresco”.

A partir de estas informaciones varios personajes y medios bolivianos comenzaron a dar sus opiniones. Mientras el vespertino *Últimas Noticias* señalaba que el inicio de las negociaciones “ha sido auspicioso”, el diario *El Tiempo* de Cochabamba manifestó sus reservas sobre las negociaciones, puesto que “en la trampa de la bilateralidad, a que está condenado Bolivia... la táctica chilena puede recurrir a múltiples ardides, dilaciones y ofertas de todo jaez, pero sin renunciar a sus objetivos estratégicos” (El Mercurio, 25 de abril de 1987, p. A14). Por su parte, *El Mundo* de Santa Cruz expresaba que solo por la vía del diálogo se puede encontrar una solución a la mediterraneidad boliviana, acusando la existencia de sectores bolivianos y chilenos que buscan entorpecer las negociaciones (El Mercurio, 25 de abril de 1987). Por su parte, el consulado de Bolivia en Chile dijo que los trascendidos publicados en la prensa son solo suposiciones carentes de fundamento, dado el carácter reservado de las gestiones (El Mercurio, 28 de abril de 1987). Estos mismos diarios bolivianos informaron que la respuesta chilena se daría entre mayo y junio en un nuevo encuentro entre cancilleres (El Mercurio, 24 de abril de 1987).

La intervención de Merino

Uno de los más importantes detractores de las negociaciones fue el presidente de la Junta de Gobierno, el almirante José Toribio Merino. Ante la prensa declaró el 28 de abril:

—Mi opinión es muy sencilla: que tenemos firmado un tratado de paz que fija cuáles son los límites entre Bolivia y Chile, y se acabó la cosa. Pueden decir lo que quieran, pero yo diría que no. Y digo que no...

—¿Cuáles son las razones esenciales de negar un corredor a Bolivia?

—La razón esencial es que no lo necesita, de acuerdo con el criterio de los chilenos. Ahora, los bolivianos dicen que lo necesitan, en buena hora, pero vivieron siempre arriba del altiplano y nunca tuvieron nada hasta que Chile construyó el ferrocarril de Arica a La Paz y el ferrocarril de Antofagasta a La Paz. Más claro es echarle agua. (La Época, 29 de abril de 1987, p. 9).

Merino enfatizó además que, si el eventual arreglo modificaba las fronteras y la soberanía, podría requerirse de un plebiscito para su aprobación.

Es importante destacar que durante las gestiones de Charaña, Merino no presentó una posición en contra de Bolivia. En sus reuniones con los diplomáticos bolivianos siempre manifestó una actitud amable y, según un testigo presencial, Merino les comentaba a los bolivianos sobre la necesidad de crear un eje Brasil, Bolivia, Chile, como alternativa a un posible entendimiento argentino-peruano. Al parecer, el fracaso de la gestión de Charaña hizo que el comandante en Jefe de la Armada se convirtiera en enemigo acérrimo de Bolivia (Prudencio, 2011).

Las palabras de Merino causaron reacciones inmediatas. El cónsul Siles las calificó como “injustificadas y altamente ofensivas para mi país” (La Segunda, 29 de abril de 1987, p. 28), mientras que el canciller Bedregal las estimaba como un “exabrupto lamentable”, insistiendo en que ellas no afectaban el diálogo (El Mercurio, 30 de abril de 1987, p. A1). El diario *Última Hora* manifestó en su editorial que las declaraciones “ha[n] de tomarse, si se juzgan las cosas con un mínimo sentido de la realidad, como el fin y el fracaso de las negociaciones que estaban en curso en Santiago”, criticando asimismo el desconocimiento del público respecto a las compensaciones (El Mercurio, 30 de abril de 1987, p. A12).

Bedregal debió reunirse con las cúpulas de los partidos opositores, entregándoles un informe reservado sobre la negociación. Tras ello, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Vanguardia Revolucionaria y Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda emitieron una declaración el 5 de mayo, en la que manifestaban su apoyo a las gestiones (La Época, 6 de mayo de 1987).

El hecho también motivó a que Del Valle se reuniera con la Junta de Gobierno para informarles de la situación (La Época, 30 de abril de 1987). Consultado ante las diversas reacciones, el canciller expresó:

Oportunamente tendremos que ir palpando la opinión pública... No solamente creo yo que hay que pensar en la opinión de ciertas personas que dominan el tema, sino que también hay que conocer la opinión del chileno y eso... Llegará el momento en que también se va a solicitar. (La Tercera, 2 de mayo de 1987, p. 9).

A ese respecto, anunció que se crearía una comisión amplia, integrada por personas ajenas a la cancillería, para seguir estudiando el proyecto (El Mercurio, 2 de mayo de 1987).

En una editorial, *El Mercurio* defendía las gestiones, si bien advertía que “nada le debe nuestro país a la nación altiplánica” y remarcaba que “hay diversos sectores de la ciudadanía que miran con simpatía la posibilidad de permitirle a Bolivia un acceso soberano al Pacífico, y nuestro Gobierno, percibiendo esa actitud, realizó negociaciones ya en 1975, que concluyeron en un fracaso” (El Mercurio, 2 de mayo de 1987, p. A2). En una editorial posterior, *El Mercurio* expresó que:

es claro que existe en Chile una voluntad mayoritaria para acordar a Bolivia un acceso territorial al océano Pacífico a través de nuestro territorio. El Acuerdo que aún no se ha logrado es el relativo a las modalidades de este acceso y a la compensación que debe recibir Chile. (El Mercurio, 6 de mayo de 1987, p. A3).

El medio opositor *La Época* también miraba con simpatía la apertura a un diálogo con Bolivia, calificando de inquietante la actitud de Merino, exigiendo que los chilenos tenían derecho a un debate de fondo (La Época, 3 de mayo de 1987).

Las nuevas informaciones sobre un enclave motivaron una nueva intervención de Merino, quien el 7 de mayo expresó: “la costa chilena es una línea continua que se inicia en la Línea de la Concordia y termina en el Polo Sur. Así que si alguien quiere pensar que en esa línea continua, que es chilena, propia, se va a meter allí, está equivocado” (El Mercurio, 8 de mayo de 1987, pp. A1 y A12). Ante una consulta de un periodista sobre si se daría un corredor a Bolivia, la respuesta de Merino fue: “¡No! Sería como entregar una pistola a un niño” (La Tercera, 8 de mayo de 1987, p. 14). El cónsul Siles calificó las declaraciones como profundamente hirientes y perturbadoras (La Segunda, 7 de mayo de 1987). La prensa boliviana inicialmente trató el tema con cautela, limitándose a informar sin hacer comentarios (El Mercurio, 10 de mayo de 1987), aunque posteriormente se realizaron ataques a la figura de Merino (La Tercera, 16 de mayo de 1987).

Tras sostener una reunión con Pinochet, el canciller Del Valle informó que la propuesta boliviana dejaría de ser secreta, para lo cual se buscaría el acuerdo previo con la parte boliviana (La Época, 19 de mayo de 1987). El ministro de Defensa, vicealmirante Patricio Carvajal, expresó que la opinión pública sería considerada, aunque no necesariamente en forma de plebiscito (El Mercurio, 22 de mayo de 1987).

Antes de que se dieran a conocer públicamente las propuestas bolivianas, el cónsul Siles advirtió de que había en Chile una verdadera campaña para que esta fuera rechazada. Esta tuvo su origen en las declaraciones de Merino, lo que motivó un cambio en las posiciones de

los medios de comunicación. Si hasta entonces el tono general era positivo o al menos de tranquila expectación, desde la intervención del presidente de la Junta “prevalece, más bien, una actitud de enemistad y escasa simpatía hacia la petición boliviana” (Siles, 2012, p. 193). El consulado consiguió que los medios publicaran algunas cartas de gente favorable a Bolivia, pero según Siles predominaba una posición negativa, que atribuía a una “campana urdida desde ciertos centros vinculados a la Marina y apoyada por grupos ultranacionalistas” (Siles, 2012, p. 193).

Siles se reunió con el director de *El Mercurio*, Agustín Edwards, al que le dijo que “una negativa chilena echaría a Bolivia en brazos de la política multilateral y haría bajar a un nivel por debajo de cero las relaciones entre ambos países” (Siles, p. 193). Siles también mantuvo contactos personales con el director de *La Época*, “a quien rog[ó] no acoger notas inconsistentes escritas por gente contraria a un entendimiento con Bolivia, ruego que fue deferentemente atendido por [su] interlocutor” (Siles, p. 193).

Se da a conocer la propuesta. La reacción de la prensa y la clase política

El 5 de junio fue dado oficialmente a conocer la propuesta boliviana a la opinión pública.

En Bolivia, la recepción fue descrita como “lacónica”. Si bien no se alcanzó a dar un amplio debate como había sucedido con Charaña, hubo igualmente posiciones críticas, pues consideraban que la propuesta era menor que la presentada en 1975. Uno de los críticos, el excanciller Jorge Escobari Cusicanqui, dijo que “[l]a propuesta ha ido reduciéndose hasta llegar a su mínima expresión... [fue] mucho más ambicioso el planteamiento de Banzer de un corredor más un enclave” (El Mercurio, 7 de junio de 1987, p. C2). El diputado de Acción Democrática Nacionalista, Edgar Ríos, afirmó que las posibles compensaciones (recursos hídricos y energéticos y la compra de tramos de ferrocarriles), “constituye[n] una hipoteca del país”, mientras que Eusebio Gironde, del Frente Revolucionario de Izquierda, expresó que “esto significará una nueva dependencia de Bolivia con el país vecino” (El Mercurio, 7 de junio de 1987, p. C2). La mayoría de la prensa se limitó a dar informaciones de las tratativas, y solo el matutino *El Mundo* de Santa Cruz dio su opinión, señalando que “sin dar al documento boliviano un carácter de algo definido, se debe convenir en que sienta las bases para un entendimiento con Chile” (El Mercurio, 7 de junio de 1987, p. C2).

En la clase política chilena hubo inicialmente reacciones tanto a favor como en contra, pero prontamente esta última posición monopolizaría el debate. Entre aquellos que eran favorables a un entendimiento con Bolivia, el vicepresidente de la Democracia Cristiana, Gutenberg Martínez, dijo que “debe haber una voluntad favorable para encontrar una solución definitiva a las tensiones o diferencias que han existido entre Bolivia y Chile”, aunque consideraba que la fórmula boliviana era exagerada y debía ser morigerada (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9). El vicepresidente del Partido Radical, Carlos González, aseguró que “los pueblos de América Latina deben luchar por derribar las barreras que los aíslan” y que frente al problema

de la mediterraneidad “quisiéramos ver solucionado el problema” (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9). El socialista Jaime Estévez expresó que “somos partidarios de una solución, pues la salida al mar que reclaman los bolivianos se ha transformado en un obstáculo para las relaciones bilaterales”, si bien indicando que “nosotros no somos partidarios de ninguna fórmula que pueda dividir el territorio nacional” (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9). En la derecha, William Thayer de Renovación Nacional se mostró partidario de encontrar “una solución que haga primar entre estos pueblos hermanos un destino común y la necesidad de integración que corresponde a ese origen y a ese destino” (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9). El demócratacristiano y excanciller Gabriel Valdés, se presentó como un “entusiasta y fervoroso partidario de encontrar una fórmula de acuerdo con Bolivia, que termine esta vieja historia... así como se logró una solución en el sur con Argentina, también debemos encontrar directamente una rápida solución al problema con Bolivia” (El Mercurio, 6 de junio de 1987, p. C9). Otro excanciller, Clodomiro Almeyda, dijo que “la sugerencia boliviana debe ser observada con buena voluntad por los chilenos, para de esa forma esforzarnos por buscar una salida definitiva a este problema” (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9).

Entre quienes se oponían a las gestiones había una apelación permanente a la historia y a la sangre derramada en la guerra del Pacífico. Jaime Tormo, presidente de la Democracia Radical, expresó que las propuestas no eran serias, porque crean dificultades en el entendimiento de naciones vecinas y que “no es posible entregar el sagrado suelo chileno, donde se encuentra la sangre de nuestros antepasados” (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9). La misma evocación al pasado la manifestó Patricio Vildósola, dirigente de Avanzada Nacional: “No podemos entregar ninguna clase de tierras que, contra lo que ha sido la voluntad de nuestra nacionalidad, se han conquistado con la sangre de miles de nuestros compatriotas” (La Tercera, 6 de junio de 1987, p. 9).

Las editoriales de prensa mostraron una predisposición positiva. *La Tercera* dijo que la propuesta demostraba que había un cambio en las expectativas bolivianas, por su proposición de un enclave sin conexión territorial, llamando a “considerar esta nueva propuesta de Bolivia con la cabeza fría, corazón generoso y una mirada prospectiva que sitúe la discusión de la misma dentro de los parámetros del siglo XXI” (La Tercera, 9 de junio de 1987, p. 3). *La Época* también prestaba apoyo a un entendimiento: “nosotros estamos por continuar las negociaciones y buscar fórmulas que, siendo válidas para ambas partes, pongan fin a una disputa inconveniente” (La Época, 7 de junio de 1987, p. 6). *El Mercurio* evitó hacer un juicio, diciendo que el asunto requería reflexión y análisis, aunando opiniones dentro de Chile, puesto que en caso contrario “sería preferible postergar un pronunciamiento” (El Mercurio, 7 de junio de 1987, p. A3).

La reacción de la opinión pública

Existen dificultades para aproximarse a conocer la reacción de la opinión pública respecto de las gestiones, en vista de la ausencia de encuestas acerca del tema en esa época. Una forma

de aproximarse es recogiendo las menciones que hacía la prensa, tanto al recoger opiniones como al dar a conocer acciones de la sociedad civil.

Previo a la revelación de la propuesta, los medios dieron particular atención a la opinión de las personas de la zona que sería afectada. En la zona que potencialmente podría convertirse en corredor, los habitantes afirmaban que no estaban dispuestos a cambiar de soberanía y si bien podían buscar soluciones a los problemas de Bolivia, ello sería sin cesión de territorio (La Tercera, 11 de mayo de 1987). En Arica, la prensa local afirmaba que la población apoyaba con cautela el anuncio, esperando algunos que ello significara una verdadera integración regional (La Estrella de Arica, 24 de abril de 1987). Entre los escasos comentarios y cartas en la prensa ariqueña de las semanas siguientes, se mantuvo esa posición relativamente moderada, si bien con el paso de los días comenzaron a predominar las perspectivas más escépticas (La Estrella de Arica, 27 de abril, 29 de abril, 1 de mayo, 19 de mayo, 27 de mayo y 28 de mayo de 1987). No se dio una situación similar a las conversaciones sostenidas en 1950, que también trataron de una posible salida al mar a Bolivia, ocasión en que de inmediato Arica presentó una oposición radical a la misma desde un comienzo (Cortés Díaz, 2018).

En el resto del país, la prensa recogía posiciones diversas entre los ciudadanos de a pie. Los que estaban en contra hacían referencia a la historia patria. Entre los que se mostraban a favor de negociar, estos mencionaban el aislamiento internacional, la reputación del país y las oportunidades económicas como motivos (La Segunda, 5 de mayo de 1987).

Una vez conocida la propuesta, la reacción en el Norte Grande fue enconadamente opositora a la misma. En Arica, la opinión mayoritaria era que no podía ser aceptada por ningún motivo, considerando excesiva las pretensiones bolivianas y manifestando nulo interés en las posibles compensaciones (La Gaceta, 5 de junio de 1987; La Tercera, 7 de junio de 1987; La Estrella de Arica, 7 de junio de 1978). En esa ciudad, se formó un Comité Pro-Defensa del Territorio y Mar de Chile. En su primer comunicado, el Comité expresó que:

la entrega de un Corredor a Bolivia es crear un enclave de futuras discordias y no sólo eso, es empujar a Arica a condición de pueblo fantasma al regalar su posición geo-estratégica al pueblo boliviano... Con esta acción, volveremos a ver galpones vacíos, oxidándose; destrozarán lo que queda de industria y acabarán con el comercio regional como fuerza exportadora de productos al Perú y Bolivia. Con esta acción sólo se creará hambre para nuestros hijos, el éxodo o a mendigar un trabajo en dominio extranjero. (El Mercurio, 8 de junio de 1987, p. C3).

A nivel nacional funcionaba el Comité de Defensa de la Soberanía, agrupación que manifestaba que “Chile nada debe a Bolivia, por haber cumplido totalmente el compromiso asumido en dicho tratado [de 1904]”, manifestando ser “portadores de la gran inquietud del país, y particularmente de los habitantes de la Primera y Segunda Región, a raíz de las inexplicables conversaciones habidas, y que mantienen las Cancillerías de Chile y Bolivia” (La Tercera, 2 de junio de 1987, p. 5). Varias figuras públicas compartían el sentimiento de

que no se debía nada a Bolivia y que se estaba negociando con territorios donde había corrido sangre chilena (La Época, 8 de junio de 1987).

Si bien en Antofagasta las opiniones no fueron tan briosas, también se manifestaba rechazo a las peticiones de Bolivia, exigiendo que el tema fuese puesto a consideración de la ciudadanía a través de un plebiscito (El Mercurio, 9 de junio de 1987). En Iquique, diversas instituciones de la comunidad enviaron una carta abierta al cónsul boliviano en esa ciudad, en la que se calificaba la idea de los enclaves como “inaceptable, perjudicial, poco práctica y desenfocada en su dimensión histórica-geográfica a los intereses chilenos... el absoluto rechazo de la ciudadanía a la proposición boliviana se basa, pues, en la lógica. Pidieron mucho y no dieron nada” (El Mercurio, 9 de junio de 1987, p. C2).

Otra forma que tenemos de aproximarnos a la opinión del público es revisando las cartas al director. Aunque es un modo imperfecto, puesto que los diarios realizan una selección previa, tiene su utilidad en vista de que es un discurso más espontáneo que el de personalidades o grupos establecidos. Se manifiesta que al comienzo de las gestiones, hubo algunas cartas de explícito apoyo. Una publicada el 28 de abril expresaba: “Qué gesto de hidalguía y nobleza sería cederle una franja de terreno chileno a nuestro hermano país Bolivia” (El Mercurio, 28 de abril de 1987, p. A2). También aparecieron opositores. Uno de ellos escribió:

la famosa mediterraneidad de Bolivia está pasando de castaño a oscuro: a nosotros, los chilenos, nadie nos ha regalado nada, al revés, nos han ido poco a poco cercenando nuestro territorio, y lo poco que nos queda lo hemos ganado a costa de mucha sangre, coraje y valentía. (El Mercurio, 4 de mayo de 1987, p. A2).

Otro advirtió: “Cuidémonos ahora de algunos ‘chilenos amigos sinceros de Bolivia’ que están apareciendo. En otras palabras, sepamos defender en el norte lo que no supimos defender en el sur [en referencia al tratado con Argentina de 1881]” (El Mercurio, 28 de mayo de 1987, p. A2). Algunas cartas consideraban que en Bolivia “ambicionan lo imposible: pretenden la cesión de un corredor ‘soberano’ de acceso al puerto, sin importarles el daño que se ocasionaría a nuestro monolítico territorio” (El Mercurio, 7 de mayo de 1987, p. A2), y que el territorio “no puede regalarsé ni transarse” (El Mercurio, 8 de mayo de 1987, p. A2).

Como aspecto interesante, en la sección de cartas del lector de *El Mercurio* se dio un debate respecto al tema sobre si Bolivia había nacido a la vida independiente con mar. Para algunos esto era razón suficiente para negarse a discutir con Bolivia sobre la mediterraneidad: “Nuestro país nada le debe a Bolivia, porque siempre fue dueño de su litoral. Y ningún chileno bien nacido se puede prestar para el jueguito de una impostura” (El Mercurio, 22 de mayo de 1987, p. A2). La apelación a los ancestros también servía como argumento:

Los chilenos debemos estar alertas para evitar que se consuma una nueva derrota diplomática que signifique una pérdida irreparable de territorio, no por un mero afán chauvinista, sino por la obligación histórica de todas las generaciones de una nación, de ser fieles al legado patrimonial de sus antepasados. (El Mercurio, 13 de mayo de 1987, p. A2).

Los chilenos no podemos caer otra vez en viejos pecados de regalar territorios que nadie agradeció y, mucho menos, los que hoy se pretenden. Muchos miles de heroicos compatriotas nuestros inmolaron sus vidas entre 1879 y 1883, para conservarlos para la patria. (El Mercurio, 8 de junio de 1987, p. A2).

La reacción pública hizo que la mayoría de los políticos retractaran su apoyo a la propuesta o al menos dejaran de apoyarla abiertamente. Entre estos se encontraba Gabriel Valdés, quien ahora afirmaba que la unidad de los países se obtenía mirando al futuro y “no pensando en 1929 o 1908... resucitar problemas de soberanía provenientes del siglo XIX es totalmente extemporáneo y no se compadece con los tiempos modernos” (La Época, 9 de junio de 1987, p. 9).

Una opinión que surgía constantemente era que la noción de “enfoque fresco” implicaba que Bolivia presentaría una propuesta moderna, novedosa, pero se terminó con la conocida petición del corredor, que se remontaba a 1950 y 1975, estimada demasiado exagerada (La Tercera, 6 de junio de 1987; Las Últimas Noticias, 6 y 7 de junio de 1987). *La Segunda* lo expresaba en los siguientes términos: “bajo esquemas aparentemente nuevos, el gobierno de La Paz se limitó, en verdad, a reiterar su tradicional posición de querer territorios chilenos sin compensaciones específicas, invocando consideraciones que en el fondo no podían disimular sus fundamentos reivindicacionistas” (La Segunda, 10 de junio de 1987, p. 4).

El propio canciller Del Valle admitió que la opinión pública era adversa a la propuesta de Bolivia, calificando como de muy importante e interesante la reacción registrada en los diversos sectores (El Mercurio, 9 de junio de 1987). Por su parte, para el almirante Merino, esta reacción

es la actitud lógica de todos los chilenos. Ese territorio que está reclamando Bolivia nunca fue boliviano; fue uno de los lugares que los chilenos conquistaron con sangre, sudor y lágrimas en una guerra que costó muchas vidas y mucho dinero, y costó tener al país paralizado durante cuatro años prácticamente, para dedicarlos a la guerra. No podemos regalarle a nadie eso. Es una herencia de nuestros antepasados. (La Época, 10 de junio de 1987, p. 9).

En Perú también se dieron reacciones a la propuesta, si bien su gobierno tomó una posición prescindente, evitando un pronunciamiento directo, habiendo anunciado en abril que no participaría de las negociaciones, porque, en palabras del canciller Allan Wagner, “no se tratará de una concesión de territorios que pertenecieron al Perú” (El Mercurio, 21 de abril de 1987, C4). Con ello se daba a entender que los peruanos pensaban que el “enfoque fresco” implicaría una solución diferente a una cesión territorial (La Tercera, 8 de mayo de 1987).

Este ambiente de prescindencia se trasladó también al resto de la clase política y la opinión pública peruana. La única excepción eran los grupos nacionalistas. Una revista de este sector, *Kausachum Perú*, criticaba que los medios peruanos no le dieran la importancia que se le debía al tema, puesto que estaban en juego intereses supremos como nación. Acusaba que “se ha negociado en secreto, a nuestras espaldas, sabe Dios en qué términos o condiciones y

bajo qué consideraciones. Ni siquiera se nos ha informado. Se nos informará cuando ‘Chile lo estime ‘conveniente’” (El Mercurio, 30 de mayo de 1987, p. C3). Tras darse a conocer oficialmente la propuesta, los comentarios siguieron siendo escasos. Solo el diario *El Comercio* realizó una editorial sobre el tema, postulando que “el Perú no está obligado ahora a intervenir en las negociaciones” (El Mercurio, 8 de junio de 1987, p. A2). En Tacna se registró una posición más marcadamente de rechazo, si bien la actitud en general de la mayoría del país, salvo los círculos nacionalistas, era de espera (La Tercera, 9 de junio de 1987).

El rechazo a la propuesta

El 9 de junio, el gobierno chileno rechazó oficialmente la propuesta boliviana. Se dijo que: “la Cancillería siente el deber de manifestar que no resulta admisible para Chile el fondo de la aludida propuesta boliviana en sus dos alternativas” (El Mercurio, 10 de junio de 1987, p. C6). La resolución fue recibida con demostraciones de júbilo en la zona norte del país (El Mercurio, 10 de junio de 1987; La Tercera, 10 y 11 de junio de 1987). En Arica, se celebró con un embanderamiento general (La Tercera, 12 y 13 de junio de 1987). La decisión también recibió la aprobación del resto del país, no apareciendo voces discordantes, al menos en un primer momento (La Tercera, 11 de junio de 1987).

En la prensa chilena, *El Mercurio* afirmaba que la propuesta boliviana había sido rechazada por la omisión de compensaciones territoriales y la ambigüedad de las compensaciones a través de recursos hídricos: Reconocía también que: “Tampoco podrían haberse llevado adelante frente a una opinión pública contraria y con la resistencia de las poblaciones de las zonas que habrían resultado afectadas” (El Mercurio, 10 de junio de 1987, p. A3). *La Segunda* consideró que la rapidez con que se contestó a Bolivia (se esperaba un estudio de varios meses), “corresponde sin duda a la evidencia de un rechazo virtualmente unánime generado en nuestro país”. Admitía que se habían cometido errores en la conducción de las relaciones con Bolivia, “su necesaria enmienda nos enfrenta ahora a un costo de imagen que es inconveniente para el futuro de una relación integrada y armoniosa con nuestros vecinos” (La Segunda, 10 de junio de 1987, p. 4). *La Época* fue más crítica, diciendo que: “Sin ningún provecho para nadie, ha culminado uno de los episodios más ingratos y estériles de la diplomacia chilena, que ha ofrecido a la opinión pública un manejo, cuando menos, tosco y rudo de la política internacional”, llamando a recomponer las relaciones con Bolivia, pues era una pieza vital en la complementación económica en el Cono Sur (La Época, 15 de junio de 1987, p. 6).

Dirigentes de todo el espectro político chileno coincidieron en que el rechazo fue la decisión correcta, por reflejar el sentir de la ciudadanía, si bien algunos se manifestaron abiertos a tratar con posterioridad el tema de la mediterraneidad, aunque salvaguardando siempre la soberanía nacional (La Tercera, 11 de junio de 1987).

La mayoría de las cartas al director expresó su satisfacción. No obstante, algunos manifestaron su molestia con el gobierno por la forma de haber tratado el problema, creyendo que no se debió siquiera discutir:

todos los chilenos sentimos que la cesión de territorios, ya sea como corredor o como enclaves, es algo tan inaceptable, que no debió siquiera llegar a plantearse... no ha sido un feliz acto de diplomacia por parte nuestra el permitir en las conversaciones previas que la entrega de territorio llegara a plantearse formalmente. (El Mercurio, 22 de junio de 1987, p. A2).

También encontramos opiniones que consideraban que las conversaciones podrían haber continuado independientemente del rechazo y que la postura chilena fue mal elaborada:

Creo que debió [el gobierno chileno] dejar abiertas las puertas para continuar sin apuro una negociación honesta y constructiva. El portazo dado deja estupefactos a todos; gobiernistas y opositores. Los bolivianos han reaccionado como si hubieran sido gravemente injuriados. Y en ello pienso que tienen razón. (La Época, 18 de junio de 1987, p. 6).

Hubo también voces que lamentaban que no se hubiera llegado a un entendimiento. La mayor parte de estas se publicó en medios de oposición, principalmente en *La Época*. Algunas cartas criticaban a los sectores que se oponían a un entendimiento, calificándola de “ceguera de otros que no piensan en el desprestigio político y ético que significaría para nuestro país el tomar una actitud negativa y de enfrentamiento al resto de América, que preconiza la integración de nuestros pueblos” (La Época, 20 de mayo de 1987, p. 6). Otros recurrían a motivos morales: “creo que tenemos la obligación moral de conceder una salida negociada al mar, al pueblo boliviano, dando con ello un ejemplo de evolución y de civilidad a todas las naciones de la tierra” (La Época, 8 de junio de 1987, p. 7). También hubo quienes reivindicaron un “legítimo derecho del pueblo boliviano”, basado en “varios documentos chilenos que reconocen el derecho de Bolivia a poner término a su mediterraneidad” (La Época, 9 de junio de 1987, p. 7). La necesidad de un entendimiento e integración entre Chile y Bolivia, con motivo de posibles beneficios económicos, también estuvo presente en algunas cartas (Las Últimas Noticias, 9 de junio de 1987).

En Bolivia hubo una airada reacción, pidiendo a través de llamados telefónicos a distintos medios de comunicación, medidas como el cierre de las fronteras, la suspensión de las importaciones desde Chile y la expulsión de todos los chilenos (El Mercurio, 10 de junio de 1987). Se realizaron actos en plazas y paseos, en donde improvisados oradores lanzaron ofensas contra el gobierno y pueblo chilenos (La Tercera, 10 de junio de 1987). Los medios se refirieron al rechazo con términos como “soberbia chilena”, “nueva usurpación” y “un engaño”, además de impulsar la idea de un boicot comercial (El Mercurio, 13 de junio de 1987, p. A12).

A nivel gubernamental, la decisión chilena condujo a la renuncia del cónsul Siles. Este guardaría un profundo resentimiento contra el almirante Merino. En su testimonio sobre las

gestiones, trataría al almirante como un “atrabilionario y mediocre personaje”, afirmando que “contemplaba con alarma el daño que su cerrado criterio, basado en un sobrepasado y deformado nacionalismo, podría ocasionar a una gestión binacional en la que era preciso, justamente, despojarse de prejuicios y malquerencias” (Siles, 2012, p. 105).

En Perú, el gobierno afirmó que “la respuesta de Chile es algo que le compete a ese Gobierno”, por lo que no se pronunciaría oficialmente sobre la misma. El canciller de ese país, Allan Wagner, dijo que “siempre sostuve que el tema se encontraba entre Chile y Bolivia y que sólo correspondía al Perú intervenir en el caso que fuera de aplicación al Protocolo Complementario del Tratado de 1929” (La Tercera, 11 de junio de 1987, p. 6). Luego, durante una visita a La Paz, Wagner sugirió que la relación boliviano-peruana debía desmediterraneizarse, es decir, que no tuviera un rol central (Novak y Namihás, 2013, p. 111). Sobre la causa del fracaso de las gestiones, el diario *El Comercio* lo atribuyó a “una innegable mayoría en Chile”, apuntando además a que en la propuesta boliviana “había muchos vacíos” (El Mercurio, 12 de junio de 1987, p. C8).

En una visita a Arica, Pinochet se refirió brevemente a la cuestión con Bolivia, afirmando que “Chile no se vende ni se transa” y que la propuesta boliviana “no se puede aceptar bajo ningún aspecto” (El Mercurio, 17 de junio de 1987, p. A1; Yopo, 1987, p. 303). Ello causó molestia en el gobierno boliviano, quien respondió que esas “son declaraciones típicas que corresponden a un dictador y que contienen un simplismo abrumador” y que la actitud de Pinochet demuestra “lo burdo de su formación personal y su apreciación sobre lo que son los problemas internacionales” (La Época, 19 de junio de 1987, p. 9). Bedregal anunció que no negociaría “nunca más” con Pinochet y plantearía el problema de su mediterraneidad por la vía multilateral, en la OEA y Naciones Unidas (La Época, 14 de septiembre de 1987, p. 8).

El fracaso de la gestión hizo que Bolivia retomara un camino de denuncia ante Chile ante los foros internacionales, que le había dado relativos buenos resultados. Sin embargo, ello dependía del aislamiento internacional de Chile, el cual concluyó una vez restaurada la democracia.

Conclusiones

Al revisar la negociación del “enfoque fresco”, queda de manifiesto una preocupación permanente de parte de los negociadores por mantener calmada a la opinión pública y a los medios, tal como se observa en declaraciones reservadas hechas por Siles y Del Valle. En el caso del cónsul boliviano, es manifiesta la relevancia dada a esta clase de opiniones, realizando gestiones frente a diferentes medios de prensa y personajes relevantes, con el fin de promover un ambiente favorable. Se ve en estas iniciativas el reconocimiento por parte de actores gubernamentales de lo importante que fue la reacción del público en el fracaso de las negociaciones previas. Estas declaraciones permiten descartar ciertos argumentos que

afirman que el gobierno chileno nunca tuvo verdadera voluntad política para resolver el tema (Guzmán Escobari, 2015).

Carrasco (1991) dio gran énfasis a la reacción de los medios y los sectores políticos como causa del fracaso. Sin desmerecer esta perspectiva, nuestra investigación también hace cuestionar las ideas que consideran que son los medios los que moldean a la opinión pública. Hemos visto cómo la prensa nacional en general tuvo una posición favorable, si bien no necesariamente a una cesión, si al menos a conversar el tema con Bolivia. Si bien la tesis del cónsul Siles apunta a una campaña negativa en los medios inmediatamente tras la declaración inicial de Merino, no hemos podido corroborar ello en la actitud de los diarios, que no varió substancialmente, si bien moderaron sus expectativas. Inclusive gran parte de la ciudadanía se manifestaba expectante. El gran cambio vino, como hemos establecido, con la revelación de la propuesta al público.

En contraste con la prensa y los sectores políticos, que mantenían una perspectiva más bien expectante y hasta cautelosamente positiva al conocerse de manera oficial la propuesta, en la población hubo una reacción diferente, predominando la negativa a cederle territorio a Bolivia. Esta posición se ve manifiesta en las cartas a los diarios, en las reacciones recogidas por los medios y en las declaraciones de organizaciones sociales, en que predominaban argumentos de tipo nacionalistas, con énfasis en el tema de la soberanía, muchas veces invocando el sacrificio de los soldados de la Guerra del Pacífico, tipos de argumentos que no se encontraban en las editoriales de los medios de comunicación, dándole un tono distintivo a esta reacción.

Resulta importante explicar por qué la opinión pública terminó teniendo una posición negativa frente a las gestiones, en vista de que no adoptó la misma actitud ante Charaña, en la década previa. Si bien un factor es la mayor libertad de expresión y la existencia de diferentes medios para emitir opiniones, también se manifiesta un cambio en la posición profunda del público. La explicación se puede encontrar en el hecho de que durante muchos años, desde 1978 hasta 1984, los chilenos recibían constantemente noticias de la controversia limítrofe con Argentina, lo que hacía que se tomara más conciencia de los problemas fronterizos y se percibiera a los vecinos como posibles peligros, todo lo cual hacía que los argumentos nacionalistas fueran más difundidos y tuvieran más atractivo.

No obstante, el predominio de esta tendencia nacionalista no significa que la opinión pública fuese unánime, puesto que también se dieron opiniones favorables a alguna clase de entendimiento con Bolivia (si bien no necesariamente mediante cesión de soberanía), bajo argumentos pragmáticos o de solidaridad latinoamericana.

La evidencia más concluyente que nos permite afirmar con certeza de que fue esta reacción la que hizo fracasar las gestiones, la encontramos en una circular enviada por la cancillería a las embajadas de Chile en el extranjero, en la que expresa:

Decisión adoptada por gobierno es consecuencia de detenidos estudios y análisis efectuados, particularmente en declaración transcrita, **así como la constatación [de una] masiva reacción adversa de la opinión pública nacional, tales reacciones se están incrementando**, en términos que, de mantenerse [la] falta [de] definición, podría haber puesto en serio riesgo [la] posibilidad de acercamiento con Bolivia y [la] capacidad de encontrar fórmulas diferentes de cooperación que no impliquen sesión territorial.¹ (Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, 1987).

Sin embargo, y aquí seguimos la teoría del análisis de la política exterior, no se puede explicar este fracaso solo por el factor doméstico, si bien consideramos que fue el más importante. A ello se le debe añadir el factor sistémico, del cambio en la relación de Chile con sus otros vecinos, con la solución del conflicto del Beagle con Argentina y los acuerdos armamentísticos y de cláusulas pendientes con el Perú. Ello hacía que la amistad de Bolivia fuese menos importante para los chilenos que en 1975, cuando la amenaza de guerra estaba presente. Por ello, el costo de terminar de inmediato las gestiones era más bajo que con la gestión de Charaña, cuando la ruptura correspondió a los bolivianos. A nivel individual, la decisión de Pinochet también debió tener en consideración la cercanía del plebiscito que determinaría su continuidad en el poder, lo que le tendía a privilegiar el evitar tomar posiciones impopulares por sobre su deseo de terminar con las cuestiones pendientes con los países vecinos.

Referencias bibliográficas

- Aguilar Villanueva, L. F. (2017). Una reconstrucción del concepto de opinión pública. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, (23), 125-148.
- Bloch-Elkon, Y. (2007). Studying the media, public opinion, and foreign policy in international crises: The United States and the Bosnian crisis, 1992-1995. *Harvard International Journal of Press/Politics*, 12(4), 20-51. DOI: 10.1177/1081180X07307184
- Bolivia (2014). *El libro del mar*. La Paz: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Breuning, M. (2007). *Foreign Policy Analysis: A Comparative Introduction*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Bustos, C. (2004). *Chile y Bolivia. Un largo camino de la independencia a Monterrey*. Santiago: Ril Editores / ADICA.
- Camacho, E. (1987). Bolivia en 1986: la política exterior del neoliberalismo. En H. Muñoz (comp.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis* (pp. 183-204). Buenos Aires: GEL-PROSPEL.

¹ Las negritas son mías.

- Carrasco, S. (1991). *Historia de las relaciones chileno-bolivianas*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Carvajal, P. (1994). *Charaña: un acuerdo entre Chile y Bolivia y el tercero en discordia*. Valparaíso: Empresa Editora Arquén.
- Chubrétoovich, C. (1987). *Reseña de la gestión diplomática con Bolivia*. Santiago: La Noria.
- Cortés Díaz, M. (2018). Prensa y opinión pública frente a las conversaciones chileno-bolivianas de 1950. *Diálogo Andino*, (55), 69-78. DOI: [10.4067/S0719-26812018000100069](https://doi.org/10.4067/S0719-26812018000100069)
- Cortés Díaz, M. (2021). La política internacional de Salvador Allende hacia Bolivia (1970-1973). *Diálogo Andino*, (64), 269-278. DOI: [10.4067/S0719-26812021000100269](https://doi.org/10.4067/S0719-26812021000100269)
- Escobari Cusicanqui, J. (1988). *El derecho al mar. Las diez evasivas chilenas (de 1895 a 1987)*. La Paz: Librería Editorial “Juventud”.
- Figuroa Pla, U. (1992). *La demanda marítima boliviana en los foros internacionales*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Glynn, C. J. (2016). *Public Opinion* (3rd ed.). Boulder, CO: Routledge.
- Gutiérrez Vea, G. (1979). *Negociaciones diplomáticas con Chile*. Santiago: Don Bosco.
- Guzmán Escobari, A. (2015). *Un mar de promesas incumplidas*. La Paz: Plural Editores.
- Holsti, O. R. (2004). *Public Opinion and American Foreign Policy*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- Hudson, V. M. y Day, B. S. (2007). *Foreign Policy Analysis: Classic and Contemporary Theory*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield.
- International Court of Justice (2017). *Reply of the Plurinational State of Bolivia*, vol. 4.
- Kertzer, J. D. y Zeitoff, T. (2017). A bottom-up theory of public opinion about foreign policy. *American Journal of Political Science*, 61(3), 543-558. DOI: [10.1111/ajps.12314](https://doi.org/10.1111/ajps.12314)
- Lagos Erazo, J. (2013). *Las aspiraciones marítimas de Bolivia*. Santiago: RIL Editores.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (1987). *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1987*. Santiago: MINREL.
- Ministro de Relaciones Exteriores de Chile (1987). Volumen, 1987. Circulares abril-agosto, télex reservado N° 755/756 del ministro de Relaciones Exteriores a todas las embajadas de Chile en el extranjero, 9 de junio.

- Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Bolivia (1988). *Tricolor. Historia y proyecciones de paz, desarrollo e integración del diferendo marítimo boliviano-chileno*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Morales, W. (1992). *Bolivia: Land of Struggle*. Boulder, CO.: Westview Press.
- Muñoz, H. (1987). Chile: autoritarismo y política exterior en 1986. En H. Muñoz (comp.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis* (pp. 427-456). Buenos Aires: GEL-PROSPEL.
- Novak, F. y Namihás, S. (2013). *Las relaciones entre el Perú y Bolivia (1826-2013)*. Lima: IDEI-Konrad Adenauer Stiftung.
- Pinochet de la Barra, O. (2004). *Chile y Bolivia: hasta cuándo*. Santiago: LOM Ediciones.
- Plano, J. C., Riggs, R. E. y Robin, H. S. (1982). *The Dictionary of Political Analysis*. Santa Barbara, CA.: ABC-Clio.
- Prudencio, R. (2011). *Historia de la negociación de Charaña: la más importante negociación del siglo XX sobre el problema marítimo boliviano*. La Paz: Plural Editores.
- Siles, J. (2012). *Sí, el mar*. La Paz: Plural Editores.
- St. John, R. B. (2019). *Bolivia: Geopolitics of a Landlocked State*. Londres: Routledge.
- Tapia, J. y Mardones, L. (2011). *La mediterraneidad de Bolivia y el factor peruano*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- Wilhelmy, M. (1988). Chile: problemas externos y proyección del régimen. En H. Muñoz (comp.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: un balance de esperanzas* (pp. 297-312). Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Yopo, M. (1988). Bolivia 1987: una política exterior de sobrevivencia. En H. Muñoz (comp.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: un balance de esperanzas* (pp. 147 -168). Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Fuentes primarias

El Mercurio (1983-1987)

La Gaceta (1987)

La Época (1987)

La Estrella de Arica (1987)

La Tercera (1986-1987)

La Segunda (1986-1987)

Las Últimas Noticias (1987)